



De 18
kilates

(15 de marzo de 1959)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



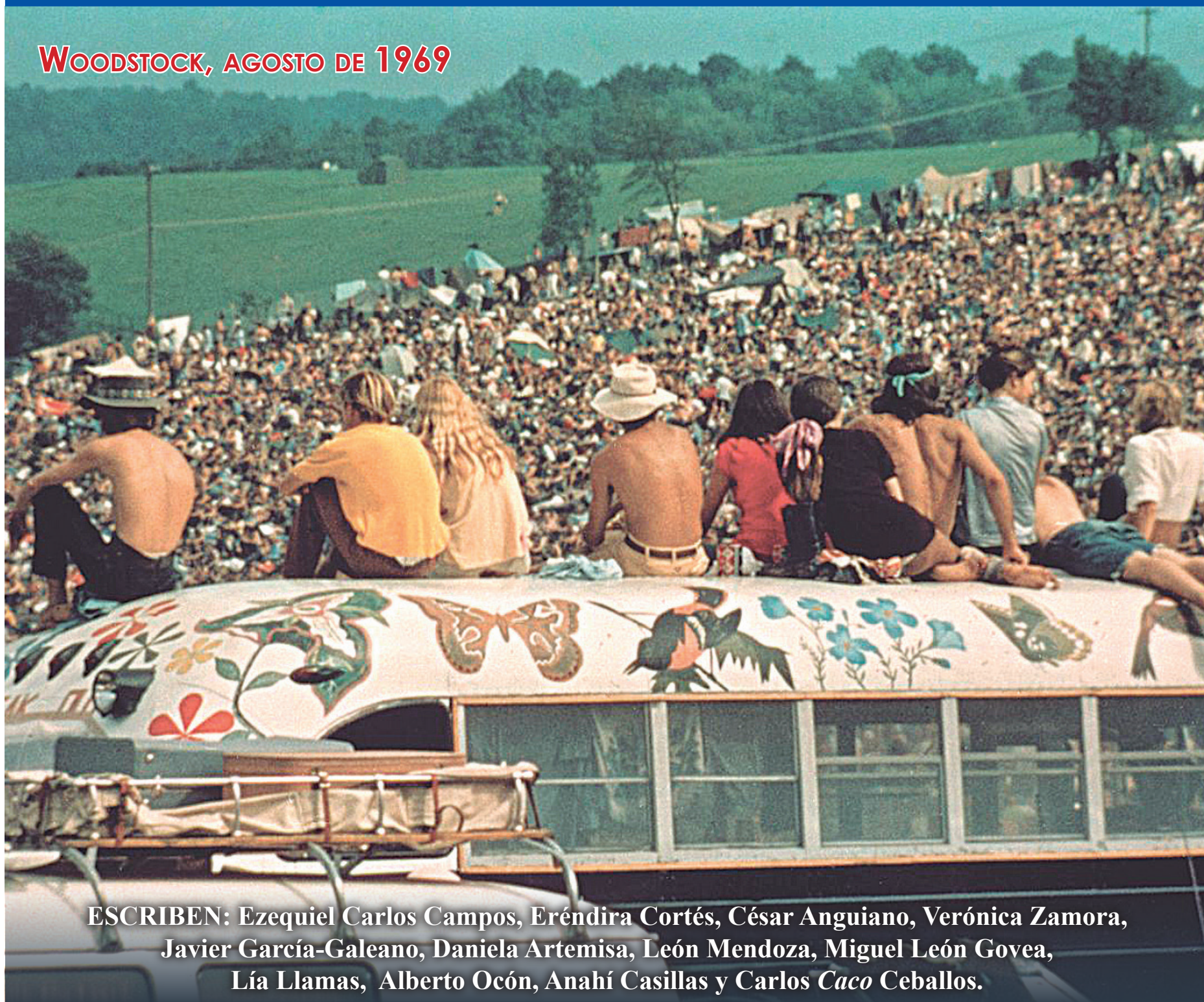
Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2556

DOMINGO 25 DE AGOSTO DE 2019

WOODSTOCK, AGOSTO DE 1969



ESCRIBEN: Ezequiel Carlos Campos, Eréndira Cortés, César Anguiano, Verónica Zamora,
Javier García-Galeano, Daniela Artemisa, León Mendoza, Miguel León Govea,
Lía Llamas, Alberto Ocón, Anahí Casillas y Carlos *Caco* Ceballos.

Poetas de Babel

César Anguiano

Ezequiel Carlos Campos nació en Fresnillo, Zacatecas, en 1994. Es uno de los escritores de la nueva generación más activos del país. Director del blog *El guardatextos*, editor en *Taberna Literaria Editores A.C.*, colaborador del suplemento *Liberoamérica*. Estudió en la Unidad Académica de Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Es además poeta, cuentista, ensayista y profesor de ruso. Un joven escritor que no descansa, que sabe que leer y escribir un poco de vez en cuando no basta para convertirse en un buen autor. Preocupado, en el mejor sentido de la palabra, por la realidad que le tocó vivir, se ocupa de retratarla y de asumir posturas frente a ella, de combatirla cuando se hace necesario. Un creador en toda la extensión de la palabra. Un animador incansable de la escena cultural mexicana a quien se debe de seguir el rastro. Ha publicado en *Luvina*, *Círculo de Poesía* y *Punto de partida*, *El diario NTR* y *Es lo cotidiano*. Es autor de *Aquello que no se cuenta*, *Quizá por miedo a la noche*, *El beso aquel de la memoria* y *El Infierno no tiene demonios*. A continuación presentamos a ustedes tres poemas breves de su autoría que dan prueba de su talento y sensibilidad.



Tres poemas

Ezequiel Carlos Campos

*

QUÉ ME IMPORTA

si estiran mi cuerpo como una liga,
si me dejan colgado de un puente,
si me hacen ascuas cuando me avienten al fuego
o si el viento sopla y me convierto
en un montón de dientes de león.

No importa que una boca enorme me coma,
que mi cuerpo se haga globo
y alguien sople hasta el límite.

Sólo quiero que no hayan olvidado
revisar mis bolsillos
y hayan encontrado mis poemas
como los de Shelley y Radnóti:

que ellos supieron cómo
escribir(se) después de la muerte.

*

—ALGUNA VEZ VERÁS mi sombra
bajo la sombra de un edificio.

—¿Quieres decir
que cuando nos vamos
nos volvemos sombras?

—No, la sombra es nuestra alma
y ésta se queda y pena.

*

ENCENDÍ EL FUEGO y le dije
que no quiero irme todavía.

Quise ver mi reflejo
y, si su tonalidad
era mínima,
apagarlo y acostumbrarme
a la quema de mi sombra.

1969-2019

Hemos llegado a ese periodo inevitable, pero no menos sorpresivo, en el que personajes y sucesos legendarios se han ido, se reviven y se alternan en las noticias. En los últimos años se han ido grandes escritores, pintores y músicos. Este 2019 no ha sido la excepción, como los recientes casos del artista plástico Rafael Coronel, los poetas Roberto Fernández Retamar y Thelma Nava, los cantautores Celso Piña, Alberto Cortez y Armando Vega Gil (así como Scott Walker de los Walker Brothers), entre otros.

Además de los artistas, ha habido también decesos de figuras emblemáticas que han dejado huella en la historia, como el boxeador cubano, naturalizado mexicano, José Mantequilla Napoles, inmortalizado por el escritor Julio Cortázar en el cuento *La noche de Mantequilla*, quien precisamente hace 50 años obtuvo el Cinturón Mundial Wélter del CMB. 1969 fue un periodo de muchos hechos interrelacionados con el arte, en particular con la música y las letras que han trascendido en su origen y a lo largo del tiempo, como el lanzamiento del álbum *Abbey Road* de The Beatles, con esa fotografía memorable del cuarteto de Liverpool.

También hace medio siglo, otro cubano sobresaliente, Silvio Rodríguez, escribió *Ojalá*, mientras que el peruano Daniel Camino Diez Canseco, la canción de *Macondo*, aunque fue popularizada por Óscar Chávez, pero Celso Piña también tenía su versión de ese fragmento de *Cien años de soledad*, del escritor Gabriel García Márquez, al que hizo bailar en 2003.

En agosto de hace cinco décadas, se realizó un concierto masivo inolvidable, y quizá irrepetible, en especial para el medio millón de gente que asistió a Woodstock, donde los viajes y los grupos de rock desataron la psicodelia a lo largo de tres días, suficientes motivos para mitigar el hambre que pasaron. Un mes antes, se había dado el lanzamiento de la nave tripulada *Apolo 11* a la Luna, pero en consecuencia de lo primero, Melanie Safka, tras su participación en aquel festival de música, se inspira para escribir una de las canciones más hermosas: *Lay Down* (*Candles in the rain*); respecto de lo segundo, el músico británico David Bowie hizo lo concerniente con *Space Oddity*, una de las mejores composiciones en la historia.

Adiós a la cumbia sampuesana

León Mendoza

Hablar de Celso Piña es entrar a un laberinto de sonidos donde el acordeón sería la entrada para seguir perdiéndose en todas direcciones, llegando hasta donde el barrio se lo permitiera.

Nació en Monterrey, en un barrio de los tantos que gustan del sonido cumbiero, siendo uno de los precursores de la cumbia callejera, una cultura urbana propia de Monterrey, una mezcla entre vallenato y cumbia colombiana.

Celso empezó sus andares en la música junto a sus hermanos, como todo músico de la época de los 80, dando serenatas en su barrio y demostrando así los primeros adelantos de lo que sería su pasión por la música.

Ya con su primer acordeón, el cual fue un regalo de su padre, fue como surgió su entusiasmo tanto por la música como por este instrumento armónico de viento, introduciéndose de lleno en la interpretación de la música norteña.

Aunque fue autodidacta, quizás eso fue lo que le permitió crear su propio estilo y reglas musicales, ya que su tipo de música era más para el barrio, esa zona urbana que lo vio crecer como persona y como músico, a la que incluso le compuso su propia cumbia: Mi colonia Independencia.

Llegó una época donde los ritmos colombianos empezaron a tomar mucha popularidad, el propio Celso, después de escuchar a los músicos Aníbal Velásquez

y a Alfredo Gutiérrez cómo mezclaban los sonidos del vallenato y la cumbia en un baile de cintas, tomó de lleno la cumbia colombiana.

Fue así como armó junto a sus hermanos su propia agrupación, la cual decidió llamar Celso Piña y su Ronda Bogotá. De sus inicios destacan algunas cumbias tales como La Cumbia de la Paz, El Tren y Como el Viento, una versión propia de La Piragua, de José Barros.

Ya para finales de los 90, Celso se convierte en el representante de lo que es el movimiento de la cumbia colombiana en su natal Monterrey y con ello la aparición del movimiento musical Avanzada regia, que incluía a grupos como Control Machete y El Gran Silencio, con los cuales hizo sus aportaciones fusionando los ritmos del rap de Control y el ska de El Gran Silencio.

Siendo así que sale a la luz en 2001 el material Barrio Bravo, disco producido por Toy Selectah de Control Machete, el cual mostraba radicalmente el estilo de la fusión en las creaciones de Celso, incluyendo otros ritmos como el reggae, electrónica, el dubstep y el sonidero.

Llegó a hacer duetos con varios grandes de la música como Carlos Santana, Rubén Albarrán de Café Tacvba, del grupo Resorte, Poncho de Santa Sabina y varios más, como Enrique Bunbury que le interpretó el tema de Aunque no sea conmigo, siendo esta canción la que más reconocimiento le dio.

Incluso fue reconocido por grandes de la literatura como Carlos Monsiváis y Gabriel García Márquez, este último con el que entabló una buena amistad, siendo homenajeado por la asociación Colombia Tierra Querida como icono de la cultura colombiana, pero no sería hasta el 2008 que se presentó en Colombia por primera vez.

Justamente hace un mes, en julio pasado, a propósito del autor de *Cien años de soledad*, Celso Piña declaró en Acapulco que por García Márquez su cumbia dejó de ser discriminada, esto en alusión a aquel día en que tocó para el ganador del Premio Nobel de Literatura en el Museo de Arte Contemporáneo, en 2003.

Se fue el rebelde del acordeón, no sin antes dejar un legado de que la cultura viene desde el barrio, de donde las raíces nos deja crecer y hacer de esta vida una cumbia sonidera.



Celso Piña en el cierre del Carnaval Manzanillo 2019, el pasado 3 de marzo.

La musa de las palmas

La genitalidad que nos define en Las perlas negras de José Barocio

Verónica Zamora Barrios

Al percibir el mundo a través del sexo, se trasluce una idea de infinito. Ser con las partes tiernas de la carne, probar dolor y gloria con la entrepierna, con las alas del placer que nos habita. Barocio reconoce otros cuerpos, alarga sus letras y los endurece para tocarlos y penetrarlos.

En el libro *Las perlas negras* se nombra el origen del deseo. La perla es concebida dentro de una concha, la concha es propiedad del mar y el mar es la cuna del deseo sexual.

Ahí nace Afrodita que nunca fue niña, la perpetua mujer, formada de los restos de los genitales de su padre, el recién castrado Urano. Y el mar es propiedad de los amantes. Las perlas son entonces al contrario de aquellas blanquísimas y perfectas lunas nacaradas, lunas de noche oscura, de zonas no iluminadas del alma de los hombres.

Miro el libro de José Barocio desde la portada verdinegra, vegetal y sincera de una fotografía de Fernando Chávez, artista comalteco y global, veo una invitación a la frescura que también expresa Barocio en versos, que nos hablan de jardines, de calles de esa ciudad lejana en el corazón de un hombre que besa a otro hombre con salvaje ternura.

El beso del amor que puede ser amargo, nos fascina en estas páginas que vienen desde el ser que trashuma, entre la necesidad de sí mismo y la compañía de ese amante soñado, deseado, obtenido y luego, largamente ausente.

Sabemos que las perlas son esferas hechas de nácar producidas dentro del cuerpo de los moluscos, especialmente en los bivalvos, alrededor de partículas extrañas que ingresan al cuerpo del animal. De la impureza y la invasión de un cuerpo en otro surge pues la perfecta belleza de las perlas, símbolo de lágrimas y sacrificio matrimonial se opone a la naturaleza de su origen.

El libro que nos convoca es relajado y gozoso, es hedonista e íntimo. Es una provocación a entrar en quien lo escribe con su compañía, llenando páginas llenas de calor y humor, con reminiscencias de patrias pequeñas y lejanas, de infancias y calores en el pecho de las mujeres.

Las perlas son además de negras, perfectas esferas iridiscentes. Aforismos o sólidas verdades a las que se llega por experiencia o por observación. Son redondas sentencias que Barocio ha obtenido de la íntima almeja, o sea del alma pequeña de las cosas que habitan su mundo.

Lo hermoso debe ser breve
Como un pasar de mariposa...

Dice:
Los soberbios
si bellos
Los podemos soportar.

Si el agua es tan clara
Por qué eres tú
Señor, tan oscuro.

Las lágrimas son
Para lavarnos el alma...

Y termino diciendo que
Estas perlas negras de José Barocio

Son para adornar las noches de su querido Colima,

Son para hacerle un collar al espíritu de la Dorada y unos artes largos a Salvador Márquez Gileta y sus exquisitas agonías. Son para iluminar la noche poética en que lo celebramos.





VIÑETAS DE LA PROVINCIA

De 18 kilates

Don Manuel Sánchez Silva

(15 de marzo de 1959)

Entre letras de cambio por vencer, escrituras de casas y predios rústicos, documentos relacionados con fianzas y garantías, muchas monedas de oro, billetes “de a mil” -también en envidiable cantidad-, alhajas de todos tipos y precios -unas propias y otras proporcionadas en prenda-, guarda Doroteo García en su inexpugnable caja fuerte un lingote metálico de 32 gramos de peso y de áureo aspecto que luce quintado en una de sus aristas la siguiente contrasena: “18 k”.

Ese lingote tiene una pintoresca historia, que vale la pena referir:

Corría el mes de marzo de 1956 cuando una mañana salió Doroteo a la calle, al arreglo de diversos asuntos que debieron ser muy urgentes, ya que retirarse de su establecimiento “El Arco Iris”, donde tiene su imperio comercial y bursátil, equivale a dejar un recién casado a su mujer, al alcance de todas las tentaciones.

Pero ese día, el imperativo de los negocios y tal vez la primavera, se le subieron a la cabeza a Doroteo, quien al poco andar se encontró a un conocido con el que entabló conversación, con la garrulería y buen humor que le son peculiares.

—Te veo preocupado. ¿Estás enfermo o qué te pasa?

—Estoy mortificado por una compra que hice.

—¿Y qué compraste?, preguntó Doroteo, sintiendo que en su interior y a través de los siglos se despertaba y revivía la vena fenicia.

—Un lingote de oro.

—¿De oro? A ver, déjame verlo... Pues sí, es de oro... está “quintado”. Y es de 18 kilates... ¡Te lo compro!... ¿Cuánto diste por él?

—Ciento cincuenta pesos.

—¡No es caro! -comentó Doroteo atragantándose y haciendo esfuerzos inauditos para disimular su interés-. ¡Te voy a dar a ganar cincuenta pesos! ¿Cuánto pesa el lingote?

—Treinta y dos gramos.

—¡No le hace! ¡Aquí tienes tus doscientos pesos!

—No lo quiero vender. A lo mejor me robaron y por eso estoy preocupado,

pero de todos modos prefiero guardarlo.

—¡No, hombre! ¡Ya no hablemos más!... ¡Aquí tienes tus doscientos pesos...!

—Mira, Doroteo, yo no conozco de esto ni puedo hacerme responsable. Además...

—¡Nada! ¡Nada! Ya no perdamos el tiempo. Toma tus doscientos pesos y échame el lingotito...

—Bueno -acabó por condescender el otro-. Aquí lo tienes.

Doroteo introdujo en la bolsa el pequeño bloque metálico y ya no siguió su itinerario previsto. Se devolvió a su tienda y, a solas, extrajo el lingote y lo devoró con los ojos, mientras sus dedos lo acariciaban. Entre tanto, hacía cálculos mentales:

—De perdida, el oro de 18 kilates debe estar a razón de cien pesos el gramo, y como el lingote pesa 32 gramos, quiere decir que vale tres mil doscientos pesos, menos doscientos que me costó, tuve una utilidad líquida de tres mil pesillos... ¡No está mal!...

Sin embargo, cuando al día siguiente Doroteo hizo examinar el lingote por un platero, éste le dijo secamente:

—Es de latón... No vale nada...

—¿Pero, cómo de latón? Si tiene el colorido del oro y está quintado...

—El latón puede quintarse igual que cualquier otro metal y el colorido se debe a que el latón fue sobredorado, pero es de latón...

Y cosa increíble: después de la primera impresión, naturalmente decepcionadora, Doroteo recobró su buen humor. Volvió a su comercio, abrió la caja fuerte y metió el lingote, mientras comentaba en voz alta y con el tono festivo que le es habitual:

—Para que se me quite lo tarugo y lo avorazado. Nadie sino yo tuve la culpa. Ni siquiera me queda el derecho de reclamar, porque el fulano que me vendió el “oro de 18 kilates”, no quería vendérmelo. Lo hizo contra su voluntad, por mi insistencia. ¡Machetazo a caballo de espadas...!

Y Doroteo resolvió conservar siempre el lingote, como el símbolo del único mal negocio que ha hecho.

* Periodista, escritor y fundador de **Diario de Colima**.†





Hasta los tímpanos

La voz del universo

Eréndira Cortés

Mi vida ha estado marcada por lo que escucho, como una película cuyo *soundtrack* envuelve ciertas escenas clave e incluso les da sentido, las termina de aderezar. Nunca ha sido una decisión consciente, es más bien que la música ha llegado a mí y se ha implantado en mis experiencias, como si un dj supremo eligiera la pieza justa para cada ocasión.

Me ha hechizado no sólo a través de la radio, el internet y lo aleatorio, sino también de la gente, como cuando te presentan a alguien más, de ese modo he conocido a grupos, cantantes, músicos, o simplemente canciones que en poco tiempo formarían parte de mi fonoteca.

Desconozco si esto les sucede a todos, pero no creo ser la única que se le erice la piel, que siente un nudo en la garganta, se le dibuja una sonrisa o se le humedecen los párpados al escuchar un acorde, una nota, estrofa o estribillo. No sé decir porqué, solamente siento cómo la música a veces me estruja, me revuelve las tripas y en ocasiones me atraviesa, pero siempre deja algo de sí.

Es una pena que no logre tener presente la primera vez que hice contacto con ella, cómo habrá sido mi reacción ante qué pieza, nunca lo sabré. Tal vez jamás descubramos cómo el ser humano dio con la música, pero al menos podemos decir que el ritmo lo conocemos desde que éramos embriones y pudimos oír nuestros latidos, o el de nuestra madre; y más tarde lo reconocimos asintiendo con la cabeza, el dedo índice o la punta del pie.

¿Por qué es tan poderosa esta cosa invisible, este lenguaje interpretado a nuestra manera? No es sólo esa comunicación de los músicos en cada nota; es que hasta el momento no he conocido una persona que no le guste, que al escucharla no sucumba ante ella, incluso sin darse cuenta.

Quizá la música tiene edad, al menos aquí en la tierra, nació desnuda e inocente y ha ido creciendo y se ha ido fogueando o hasta maleando y de pronto también evoluciona... Pero ¿y si la música forma parte de una sola voz, de un sonido universal que algo intenta decirnos con su vibración?, ¿algún día descifraremos el mensaje?

Por lo pronto seguiré atenta, receptando las ondas que están destinadas a llegarme “Hasta los tímpanos”. Así pues, doy inicio a este espacio en el que plasmaré algunos de esos encuentros fortuitos y otras peculiaridades del ámbito sonoro.

Gabo y el humor de Celso

Alberto Ocón Ventura

Se ha dicho que el buen humor es un rasgo distintivo de las personas inteligentes, y mejor aún, si las bromas se gastan en uno mismo, es decir, cuando la propia persona que las platica es el personaje principal o sus circunstancias el objeto de la risa. Así era Celso Piña, de ironía gozosa, un tanto chocarrera. Si la cumbia y el acordeón fueron su lenguaje más alborozado, en la expresión verbal también tuvo jocosidad.

Ejemplo ineludible de lo anterior sucedió el mes pasado, 19 de julio, durante el Surf Music Fest de Acapulco, donde relató a su público el extraordinario efecto de haber conocido a Gabriel García Márquez, o mejor dicho, la asombrosa consecuencia de haberlo puesto a bailar, primero a él y enseguida a su esposa Mercedes Barcha, con su mezcla musical de cumbia y vallenato. Después de esto, explicó Celso Piña, su situación cambió.

Ahora que ha muerto el regiomontano, los medios sociales, nacionales e internacionales, han dado en rememorar el día en que Celso puso a bailar al *Gabo*, ¡hace 16 años!, pero nadie ha destacado lo que esto generó después para el músico, quien irónicamente sí lo recordó y precisamente hace un mes, evocándolo con sentido del humor, no sólo al escritor colombiano, sino el vuelco de su trayectoria artística, antes y después de García Márquez.

He aquí las palabras anecdóticas, casi íntegras, de Celso Piña al auditorio playero y acapulqueño:

“Yo por allá en los 70 empecé a interpretar cumbia. Mucha gente decía que era una música muy corriente, y yo: ‘pero la bailan’, sí, pero es muy corriente, ‘pues no la bailes... Yo la toco para el que quiera bailarla’.

“Al pasar de los años, yo no entiendo a la gente. Es muy ingrata, a veces necesita que alguien venga a abrirle los ojos. Yo estaba hasta vetado en Monterrey”. Y es que el llamado *Rebelde del acordeón* señaló que en el pasado, donde quiera que se presentaba a tocar, se hacían “broncas”.

“Pleitos que en La Risca, que en la colonia Independencia... Entonces, había unos lugares que se llamaban Salones Corona, yo estuve vetado, porque preguntaban: ‘¿quién va a venir a tocar’, Celso, ‘ah, no, ese no’, porque era una bronca.

“Y así estuve batallando, (decían) ‘Celso acarrea puro mariguano, que puro malandro’. Digo, ‘pérate’, yo no me iba a poner en la puerta a decir: ‘¿a ver tú, qué eres?, ¿eres chico bien?, pásale’”. Pero aquel año de 2003, cuando se presentó a tocar en el Museo de Arte Contemporáneo en Monterrey, frente al *Gabo*, su suerte cambió.

“Hasta que llegó el día que le toqué a don Gabriel García Márquez, mi amigo, que en paz descanse, y a partir de ahí todo mundo amó la cumbia”, relató durante el festival de música en la playa. “Alguien de esa envergadura llegó y yo estaba tocando y él empezó a bailar, estaba la crema y nata de Monterrey, y todos: ‘¡ah, qué bonita música!, ¡iqué bárbaro!, iyo siempre dije que Celso tocaba bien bonito!’. Yo digo: ‘¡iqué ironía!’”. Eso me ayudó mucho”.

Aseguró que después de eso, y con el paso de los años y las decisiones acertadas en lo musical, el mercado se agrandó. “Me extendí tanto, tanto, que acabo de llegar de Inglaterra, Francia, Alemania, y me voy a Estados Unidos, por eso es que me siento muy a gusto, contento y orgulloso de lo que hago en este tipo de festivales, frente a puro DJ, que no es el primero”, culminó.



En una entrevista que dio a *Proceso*, el regiomontano destacó que el colombiano: “¡Empezó a bailar, fue muy loable porque me llamó la atención que le gustó lo mío, todo su séquito se puso a bailar primero con la Cumbia Sampoensana, su preferida, es la madre de todas las cumbias, con Macondo, y también La crónica de una muerte anunciada, todos ritmos de Colombia!”. En la imagen: Celso Piña saludando a Gabriel García Márquez.

Callejón de sombrereros

Recuerdos mitológicos

Javier García-Galiano

Entre nuestros recuerdos hay algunos que no nos pertenecen, que no proceden de nuestro devenir íntimo, que nos parecen ajenos. A veces son invenciones que nuestra imaginación no ha podido hacerlos personales, a veces nos han sido impuestos, a veces son inducidos, a veces proceden del infortunio de haber estado en el momento equivocado en el lugar equivocado.

No pocos despropósitos musicales asaltan consuetudinariamente la memoria, con frecuencia en la forma de canciones comerciales, cuyos nombres desconocemos como el de sus autores e intérpretes y cuyo sonsonete preferiríamos olvidar. Ciertos olores no nos evocan nada, pero persisten inquietantemente como un recuerdo perverso; existen libros que no hemos leído, cuyo volumen nunca hemos visto, que se han introducido subrepticamente en nuestras remembranzas literarias. En ocasiones hemos intervenido en circunstancias decisivas de personas que apenas conocemos, que acaso ni siquiera desdeñamos; sabemos de la vida de no pocos desconocidos que no nos interesan.

Algunos de esos recuerdos, sobre todo en la infancia, pueden derivar en una forma de mitología. Entre los que se imponían a finales de los años 60 y principios de los 70 del siglo pasado, no parecen los menos perdurables los pantalones acampanados, las patillas, el símbolo de amor y paz, la psicodelia de los Niños Flor, la visita de Jim Morrison y The Doors a la Zona Rosa del Distrito Federal, el órgano melódico de Juan Torres, Woodstock y el Festival de Rock y Ruedas en Avándaro, el halterista (entonces se les llamaba “levantadores de pesas” o “pesistas”) Leonid Zhabotinsky portando la bandera soviética en una mano con el brazo extendido en la inauguración de los Juegos Olímpicos de 1968, en el estadio de Ciudad Universitaria; Tommie Smith y John Carlos en el podio de premiación con la cabeza gacha y el brazo levantado con un guante negro como protesta del Black Power, luego de ganar las medallas de oro y de bronce en la carrera de los 200 metros planos en esa misma Olimpiada; Vera Cáslovská y la Novia de México, Angélica María, Isela Vega y Mauricio Garcés, Nacho Calderón y Enrique Borja, Santo, el Enmascarado de Plata y Blue Demon, Chanoc, Kalimán y el Increíble Profesor Zovek, Rubén Púas Olivares y José Ángel Mantequilla Nápoles, que murió el viernes antepasado.

Su muerte me produjo menos tristeza que una nostalgia incitante. Su nombre puede importar una evocación. Recuerdo las circunstancias en las que vi, después de un mediodía de sábado, la pelea entre *Mantequilla* Nápoles y Carlos Monzón, organizada en una carpa, en París, por otro mito de entonces: Alain Delon, pero he olvidado su devenir. Julio Cortázar,

que sostenía que le había sido dado “asistir al nacimiento de la radio y a la muerte del box”, recreó esa pelea como un espectador posible implicado en una trama criminal menor en un cuento: “La noche de Mantequilla”, que no prescinde del rito de la llegada de los espectadores y su asentamiento en un escenario efímero, de las peleas preliminares, los mexicanos con sombrero de charro y las mujeres que se pasean por las gradas con una bandera patria y gritan: “¡Argentina, Argentina!”, la aparición de los púgiles, los gestos, los comentarios, las poses de quienes se consideraban entendidos.

Antes de empezar la pelea, un francés aseguraba que a Monzón lo iba a ayudar la diferencia de estatura. “Era como si Mantequilla comprendiera que su única chance estaba en la pegada, boxearlo a Monzón no le serviría como siempre le había servido, su maravillosa velocidad encontraba como un hueco, un torso que viraba y se le iba mientras el campeón llegaba una, dos veces a la cara y el francés de atrás repetía ansioso: ya ve, ya ve cómo le ayudan los brazos”.

Aunque había recelado de un público de ocasión: “Estévez”, el personaje del cuento, “se daba cuenta de que casi todos entendían la cosa a fondo, apenas uno que otro festejando idiotamente un golpe aparatoso y sin efectos mientras se perdía lo que de veras estaba sucediendo en ese ring donde Monzón entraba y salía, aprovechando una velocidad que a partir de ese momento distanciaba más y más la de Mantequilla cansado, tocado, batiéndose con todo frente al saque de largos brazos que otra vez se hamacaba en las sogas para volver a entrar arriba y abajo, seco y preciso”.

Hay quienes sostienen que *Mantequilla* Nápoles, cuyo apodo procedía de su hermano y que le atribuyó un referee errado, era un peleador paciente y contundente que esperó siete años por su oportunidad, que surgió cuando, con un golpe, le ganó el campeonato mundial de peso welter a Curtis Cokes, en tiempos en los que los campeonatos no eran de abecedario, como sentenciaba Ángel Fernández.

Se dice que después de ganar ese Cinturón Mundial, el presidente Díaz Ordaz lo invitó a la casa presidencial de Los Pinos y le dio a escoger como regalo un reloj de oro, un automóvil o dinero en billetes. *Mantequilla* Nápoles le pidió la nacionalidad mexicana. Sin embargo, uno de mis amigos de la preparatoria afirmaba que un cronista deportivo elogiaba al púgil mexicano cuando iba ganando y denostaba al peleador cubano cuando iba perdiendo.

Su mito no prescinde de una película con El Santo, de una fotonovela justiciera y de historias peculiares como aquella que propagaba que tocaba las tumbas en un grupo tropical en el cabaret Bombay, cercano a la Plaza Garibaldi.



Hace 50 años, *Mantequilla* Nápoles ganó el título welter de CMB y AMB al estadounidense Curtis Cokes, el 18 de abril de 1969, en el foro de Inglewood, California. Esa noche tocaron el Himno Nacional mexicano y celebró la victoria con sombrero de charro.

Se dice que después de ganar ese Cinturón Mundial, el presidente Díaz Ordaz lo invitó a la casa presidencial de Los Pinos y le dio a escoger como regalo un reloj de oro, un automóvil o dinero en billetes. *Mantequilla* Nápoles le pidió la nacionalidad mexicana.

La noche de Mantequilla

(Alguien que anda por ahí, 1977)

I/II

Julio Cortázar

Eran esas ideas que se le ocurrían a Peralta, él no daba mayores explicaciones a nadie pero esa vez se abrió un poco más y dijo que era como el cuento de la carta robada, Estévez no entendió al principio y se quedó mirándolo a la espera de más; Peralta se encogió de hombros como quien renuncia a algo y le alcanzó la entrada para la pelea, Estévez vio bien grande un número 3 en rojo sobre fondo amarillo, y abajo 235; pero ya antes, cómo no verlo con esas letras que saltaban a los ojos, MONZÓN V. NÁPOLES. La otra entrada se la harán llegar a Walter, dijo Peralta. Vos estarás ahí antes de que empiecen las peleas (nunca repetía instrucciones, y Estévez escuchó reteniendo cada frase) y Walter llegará en la mitad de la primera preliminar, tiene el asiento a tu derecha. Cuidado con los que se avivan a último momento y buscan mejor sitio, decile algo en español para estar seguro. El vendrá con una de esas carteras que usan los hippies, la pondrá entre los dos si es un tablón o en el suelo si son sillas. No le hables más que de las peleas y fíjate bien alrededor, seguro habrá mexicanos o argentinos, tenelos bien marcados para el momento en que pongas el paquete en la cartera. ¿Walter sabe que la cartera tiene que estar abierta?, preguntó Estévez. Sí, dijo Peralta como sacándose una mosca de la solapa, solamente espera hasta el final cuando ya nadie se distrae. Con Monzón es difícil distraerse, dijo Estévez. Con Mantequilla tampoco, dijo Peralta. Nada de charla, acódate. Walter se irá primero, vos dejá que la gente vaya saliendo y ándate por otra puerta.

Volvió a pensar en todo eso como un repaso final mientras el metro lo llevaba a la Défense entre pasajeros que por la pinta iban también a ver la pelea, hombres de tres o cuatro, franceses marcados por la doble paliza de Monzón a Bouttier, buscando una revancha vicaria o acaso ya conquistados secretamente. Qué idea genial la de Peralta, darle esa misión que por venir de él tenía que ser crítica, y a la vez dejarlo ver de arriba una pelea que parecía para millonarios. Ya había comprendido la alusión a la carta robada, a quién se le iba a ocurrir que Walter y él podrían encontrarse en el box, en realidad no era una cuestión de encuentro porque eso podía haber ocurrido en mil rincones de París, sino de responsabilidad de Peralta que medía despacio cada cosa. Para los que pudieran seguir a Walter o seguirlo a él, un cine o un café o una casa eran posibles lugares de encuentro, pero esa pelea valía como una obligación para cualquiera que tuviese la plata suficiente, y si por ahí los seguían se iban a dar un chasco del carajo delante de la carpa de circo montada por Alain Delon; allí no entraría nadie sin el papelito amarillo, y las entradas estaban agotadas desde una semana antes, lo decían todos los diarios. Más todavía a favor de Peralta, si por ahí lo venían siguiendo o lo seguían a Walter, imposible verlos juntos ni a la entrada ni a la salida, dos aficionados entre miles y miles que asomaban como bocanadas de humo del metro y de los ómnibus, apretándose a medida que el camino se hacía uno solo y la hora se acercaba.

Vivo, Alain Delon: una carpa de circo montada en un terreno baldío al que se llegaba después de cruzar una pasarela y seguir unos caminos improvisados con tabloncillos. Había llovido la noche anterior y la gente no se apartaba de los tabloncillos, ya desde la salida del metro orientándose por las enormes flechas que indicaban el buen rumbo y MONZÓN-NÁPOLES. a todo color. Vivo, Alain Delon, capaz de meter sus propias flechas en el territorio sagrado del metro aunque le costara plata. A Estévez no le gustaba el tipo, esa manera prepotente de organizar el campeonato mundial por su cuenta, armar una carpa y dale que va previo pago de qué sé yo cuánta guita, pero había que reconocer, algo daba en cambio, no hablemos de Monzón y Mantequilla pero también las flechas de colores en el metro, esa manera de recibir como un señor, indicándole el camino a la hinchada que se hubiera armado un lío en las salidas y los terrenos baldíos llenos de charcos.

Estévez llegó como debía, con la carpa a medio llenar, y antes de mostrar la entrada se quedó mirando un momento los camiones de la policía y los enormes tráilers iluminados por fuera pero con cortinas oscuras en las ventanillas, que comunicaban con la carpa por galerías cubiertas como para llegar a un jet. Ahí están los boxeadores, pensó Estévez, el tráiler blanco y más nuevo seguro que es el de Carlitos, a ése no me lo mezclan con los otros. Nápoles tendría su tráiler del otro lado de la carpa, la cosa era científica y de paso pura improvisación, mucha lona y tráilers encima de un terreno baldío. Así se hace la guita, pensó Estévez, hay que tener la idea y los huevos, che.

Su fila, la quinta a partir de la zona del ringside, era un tablón con los números marcados en grande, ahí parecía haberse acabado la cortesía de Alain Delon porque

fuera de las sillas del ringside el resto era de circo y de circo malo, puros tabloncillos aunque eso sí unas acomodadoras con minifaldas que te apagaban de entrada toda protesta. Estévez verificó por su cuenta el 235, aunque la chica le sonreía mostrándole el número como si él no supiera leer, y se sentó a hojear el diario que después le serviría de almohadilla. Walter iba a estar a su derecha, y por eso Estévez tenía el paquete con la plata y los papeles en el bolsillo izquierdo del saco; cuando fuera el momento podría sacarlo con la mano derecha, llevándolo inmediatamente hacia las rodillas lo deslizaría en la cartera abierta a su lado.

La espera se le hacía larga, había tiempo para pensar en Marisa y en el pibe que estarían acabando de cenar, el pibe ya medio dormido y Marisa mirando la televisión. A lo mejor pasaban la pelea y ella la veía, pero él no iba a decirle que había estado, por lo menos ahora no se podía, a lo mejor alguna vez cuando las cosas estuvieran más tranquilas. Abrió el diario sin ganas (Marisa mirando la pelea, era cómico pensar que no le podría decir nada con las ganas que tendría de contarle, sobre todo si ella le comentaba de Monzón y de Nápoles), entre las noticias del Vietnam y las noticias de policía la carpa se iba llenando, detrás de él un grupo de franceses discutía las chances de Nápoles, a su izquierda acababa de instalarse un tipo cajetilla que primero observó largamente y con una especie de horror el tablón donde iban a envilecerse sus perfectos pantalones azules. Más abajo había parejas y grupos de amigos, y entre ellos tres que hablaban con un acento que podía ser mexicano; aunque Estévez no era muy ducho en acentos, los hinchas de Mantequilla debían abundar esa noche en que el retador aspiraba nada menos que a la corona de Monzón. Aparte del asiento de Walter quedaban todavía algunos claros, pero la gente se agolpaba en las entradas de la carpa y las chicas tenían que emplearse a fondo para instalar a todo el mundo. Estévez encontraba que la iluminación del ring era demasiado fuerte y la música demasiado pop, pero ahora que empezaba la primera preliminar el público no perdía tiempo en críticas y seguía con ganas una mala pelea a puro zapallazo y clinches; en el momento en que Walter se sentó a su lado Estévez llegaba a la conclusión de que ése no era un auténtico público de box, por lo menos alrededor de él; se tragaban cualquier cosa por esnobismo, por puro ver a Monzón o a Nápoles.

—Disculpe —dijo Walter acomodándose entre Estévez y una gorda que seguía la pelea semiabrazada a su marido también gordo y con aire de entendido.

—Póngase cómodo —dijo Estévez—. No es fácil, estos franceses calculan siempre para flacos.

Walter se rió mientras Estévez empujaba suave hacia la izquierda para no ofender al de los pantalones azules; al final quedó espacio para que Walter pasara la cartera de tela azul desde las rodillas al tablón. Ya estaban en la segunda preliminar que también era mala, la gente se divertía sobre todo con lo que pasaba fuera del ring, la llegada de un espeso grupo de mexicanos con sombreros de charro pero vestidos como lo que debían ser, bacanes capaces de fletar un avión para venirse a hinchar por Mantequilla desde México, tipos petisos y anchos, de culos salientes y caras a lo Pancho Villa, casi demasiado típicos mientras tiraban los sombreros al aire como si Nápoles ya estuviera en el ring, gritando y discutiendo antes de incrustarse en los asientos del ringside. Alain Delon debía tenerlo todo previsto porque los altoparlantes escupieron ahí nomás una especie de corrido que los mexicanos no dieron la impresión de reconocer demasiado. Estévez y Walter se miraron irónicos, y en ese mismo momento por la entrada más distante desembocó un montón de gente encabezado por cinco o seis mujeres más anchas que altas, con pull-overs blancos y gritos de “¡Argentina, Argentina!”, mientras los de atrás enarbolaban una enorme bandera patria y el grupo se abría paso contra acomodadoras y butacas, decidido a progresar hasta el borde del ring donde seguramente no estaban sus entradas. Entre gritos delirantes terminaron por armar una fila que las acomodadoras llevaron con ayuda de algunos gorilas sonrientes y muchas explicaciones hacia dos tabloncillos semivacíos, y Estévez vio que las mujeres lucían un Monzón negro en la espalda del pull-over. Todo eso regocijaba considerablemente a un público a quien poco le daba la nacionalidad de los púgiles puesto que no eran franceses, y ya la tercera pelea iba duro y parejo aunque Alain Delon no parecía haber gastado mucha plata en mojarritas cuando los dos tiburones estarían ya listos en sus tráilers y eran lo único que le importaba a la gente.

Plenitud

Miguel Ángel León Govea

Llegará el día
en que se mate
por morir
de muerte natural.

Llegará.

Sobre el diluvio

Lía llamas

Los que tienen los ojos dolientes
de llanto
a ellos denle la brisa del mar
¿puede la muerte ser indiferente
ante el cinismo del duelo?
¿o la misma vida cerrar las cante-
ras del paso de una melodía
insignificantemente sorda?

Cuan extraña es la mujer sobre la
melancolía
el numen de la fatal alegría
expuesta al poder de los brazos
rotos
metacarpo abierto
miocardio sediento de un rcp
sincero

Pero cuando contemple los mis-
terios de la tormenta
sacará sus propias conclusiones
quizá el mayor gozo de la huma-
nidad
sea la sonrisa de los labios como
ráfagas
bautizando el eros que descansa
entre tumbas

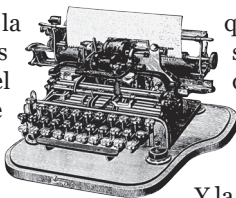
Porque después del diluvio nacen
los tesoros
aquellas fragmentaciones que
vuelven a dar vida
mostrando lo oculto
y está bien admirar lo trágico
porque después del diluvio, brilla
con más fuerza la tierra.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Consejos y resultados

Carlos Caco Ceballos Silva

PRIMAVERA 1999. Por la temporada de los años cuarenta, el gran Hotel Ceballos de Cuyutlán se constituía en el hotel de muchas estrellas, pues según la reglamentación internacional, las es-



trellas corresponden a los servicios que ofrece el establecimiento a sus huéspedes. Por ese año, el hotel tenía médico y enfermera proporcionados por Salubridad; el correo y el telégrafo tenían cuartos para sus respectivos servicios; el bien ponderado Felipe Llerenas era el fotógrafo oficial, había servido de salvavidas con un novísimo pulmotor adquirido por el hotel; se estableció un acuerdo con Schiaffino del servicio Panini, arreglándose para el caso, una pista de las salinas; desde luego el boletaje y las reservaciones se atendían en la propia administración. Había un peluquero, el mago de la tijera, Moisés Delgadillo; el lustrador oficial era Ramoncito, información turística, sitio de automóviles en las puertas del hotel y un sacerdote jesuita que confesaba y daba la bendición a las timoratas que le tenían a la ola verde.

Todos estos servicios extras completaban los beneficios que gozaban los pasajeros del hotel. Pues bien, en este sitio privilegiado y dado el gran número de familias de Jalisco y Michoacán, que eran sus huéspedes cotidianos, había confianza y camaradería, por lo que se platicaban confidencias, se pedían consejos; desde luego el administrador, por su buena conducta y seriedad, era el que recibía más confidencias.

Recuerdo que en una ocasión una señora me platicó de lo sinvergüenza que era su marido y de lo mucho que la hacía sufrir, terminando por suplicarme que en la primera oportunidad hablara con su esposo y lo aconsejara; él llegó en el tren del sábado, y después de cenar tuve la oportunidad y hablé con él; me escuchó, se negó y nos dimos las buenas noches. Al día siguiente liquidaron su estancia y nunca más volvieron al gran Hotel Ceballos.

Recuerdo de un matrimonio, allá por los sesentas, que cada vez que se visitaban con la señora de mi amigo, la aconsejaban: ¿Por qué no te lleva tu marido a México? Nosotros vamos todos los viernes a cenar fuera. Te invitamos este fin de semana a Guadalajara. No te imaginas lo a gusto

que nos la pasamos este fin de semana en el mar. Dile a Memo que te saque, que no te tenga tan encerrada; fijate en nosotros, seguido andamos fuera porque sabemos para qué es el dinero.

Y la santa señora, creída de tan buenos consejos, esperaba al esposo con la “espada desenvainada”, mientras que los intrigantes deben haberse reído de las desavenencias causadas por los simpáticos consejos.

Por los setentas, *El Soñador*, vendedor de billetes de lotería, apodado así porque contaba que soñaba los premios y terminaciones, se presentaba por la mañana al día siguiente de que se había efectuado el sorteo para que le facilitara cincuenta o cien pesos para completar la liquidación, pasar a la lotería a liquidar y que le dieran los nuevos billetes. Por varias veces lo estuve refaccionando, desde luego, al medio día pasaba a pagarme, hasta que un día le pregunté a qué se debía esto, y entonces me platicó que a última hora y no pudiendo vender los billetes, los fiaba para se los pagaran al día siguiente, y era la razón por la que tenía que pedirme, para que con ese dinero completara su liquidación. Ya con los nuevos billetes, al venderlos, me pagaba y fiaba los que a última hora no se podían vender.

Al oírlo, le aconsejé que no lo volviera hacer, que los billetes de loterías no se fiaban, etcétera, etc., posiblemente pudo mucho mi recomendación, pues el siguiente sorteo ya no pasó a pedirme dinero. Pasaron unos días y viniendo hacia la acreditada y prestigiada Casa Ceballos, le alcance, vi sus billetes, uno me gustó, así es que con la mayor naturalidad le dije: Me llevó éste, al rato pasas a la tienda para pagártelo. No, don Carlos, los billetes no se fian, así es que aquí se lo guardo y cuando traiga los cincuenta pesos se lo lleva. Pero es que yo siempre te he prestado dinero. Sí, don Carlos, pero usted mismo me ha aconsejado que no fie los billetes, y ahora solamente yo le hago caso a sus consejos.

Moraleja: nunca des consejos, cuando menos expresa tu opinión y siempre que te la pidan, pues no debes olvidar el viejo dicho: “El que se mete a redentor sale crucificado”, y el que “se mete a predicador siempre es aporreado”.

* Empresario, historiador y narrador. †

¡NOSCE TE IPSUM!

Carlos Hernández Bento

Conócete a ti mismo,

dijo una sabia voz.

Y yo cuando me miro

no me entiendo,

y si me siento no me tengo.

Pero es que hoy,
con veinte años,
tengo diariamente
el trabajo de buscarme
y la suerte de encontrarme.
(Años 90)

Manuel

Anahí Casillas Palomino

Ámbar de amor
Verso cristalino
Manojo de risas
¡Cuánto te quiero!

Cuando el arrebol se asoma
Veo que la lluvia está cercana
Y sé que si mis ojos, se tiñen de tus ojos
Dios ha unido sin retorno nuestras almas

Respiro en silencio
Serena y profundamente

Cuando te abrazo
Quisiera que no existiera el tiempo

¿Puedo Manuel decirte que te quiero?
Y acariciar tu rostro, y besar tu frente
Y sentir la bondad de Dios
Juntos de la mano, entre la gente.

Ámbar de amor
¡Cuánto te amo!
Por ti oraba
Aún sin conocerte